

tivo de la traslación de las monjas a otra casa, siendo luego imposible identificarlos; de suerte que hoy es el día en que nadie puede señalar el cerebro donde se fragó la Obra más estupenda.

Si quisiéramos un retrato de sus facciones, ya entrado en años, tendríamos que acudir a la pintura del «famoso Jáuregui», poniendo debajo de ella: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de alegres ojos y de nariz corva, aunque bien proporcionada; las barbas de plata... los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos... el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de hombros y no muy ligero de pies... es el rostro del autor de la Galatea y de Don Quijote de la Mancha». (Prólogo a las Novelas Ejemplares).

Tal es el Cervantes de la época, «verdadero peregrino cuyo lenguaje el mundo no comprendió, ni supo apreciar toda la alteza y vigor de su genio».

VI

El Cervantes de la fama

Este inexplicable abandono del Genio, mientras moró en este mundo, fué compensado con inmensas ventajas después de su desaparición, especialmente en nuestros tiempos en que el nombre de Cervantes evoca una idea semejante a la que evocan los nombres de Platón, de Agustino, de Copérnico, de Newton, de Schakespeare, de Schiller. La posteridad, sin distinción de pueblos ni de clases, le rinde culto universal y unánime, y aun los enemigos de España, al recordar a Cervantes, entonan un himno a su memoria y al suelo feliz que le dió cuna y recogió sus primeros vagidos y le amamantó con la leche sana y robusta del carácter nacional y de sus santas y

seculares tradiciones. Si en vida descolló poco entre los grandes de su época, después de muerto se alzó sobre las primeras figuras del gran siglo español. Si en sus días resonaron cuatro o cinco voces aclamándole gran ingenio, hoy resuenan millares y millares de voces que le proclaman, no sólo gran ingenio, sino genio sorprendente y divino, figura de primer orden, honra y prez de la especie humana.

Sobre el glorioso pedestal de su Obra se yergue ese grandioso monumento de biografías, comentarios, críticas, himnos, discursos encomiásticos y elogios en todas las lenguas y en todos los tonos que por día van hermo-seando y agrandando más y más sus gigantescas proporciones. A cuya obra no sólo contribuyen «los que beben las corrientes cristalinas del olivífero Betis, y los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo; los que gozan las provechosas aguas del divino Genil y los que pisan los tartesios campos... los que se alegran en los elíseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas... los que en el Pisuerga se bañan... los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana y los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo»... sino cuantas gentes habitan la Europa y el mundo entero; todas, cuál más cuál menos, como si obedecieran a universal consigna, han puesto la mano en ese monumento cervantesco erigido en el corazón de la humanidad. Y por qué esta universal conformidad? Porque Cervantes es el genio más humano, más popular y simpático; porque no es el genio de un solo ramo científico, incomprendible a los cultivadores de todas las otras ciencias y mucho más al vulgo; ni sólo el genio de la ciencia en general, sino el genio de la humanidad, el genio único capaz de recoger, concretar, encarnar y poetizar las diversas aspiraciones que son el ideal del hombre. Con el nombre de Cervantes en los labios puede el español recorrer las cinco partes del mundo seguro de que, al pronunciarle, encontrará eco favorable en todo los corazones y una simpática son-

risa en todos los labios; porque Cervantes en la conciencia de la humanidad es un *ídolo*, a quien todo hombre sacrifica sus afectos de admiración y simpatía; es el *símbolo* de la *risa* docta y sensata; es el *genio* tutelar que ahuyenta las penas y sinsabores de todo pecho «melancólico y mohino»; es, desde hace tres siglos, el amigo y las delicias del género humano. Los dos tipos de su portentosa *Novela* son las dos mitades de la humanidad; por eso toda ella le aclama; por eso Cervantes es popular en todo los pueblos y ciudadano de todos ellos; por eso el *Quijote* es el libro manual de cuantos saben leer, el espejo en que todos se miran, el retrato en que todo hijo de Adán se identifica.

Gloríese, pues, España cuya páginas historiales ilustran glorias como la de Cervantes; gloríese, repito, España, cuna del Genio hacia el cual este año especialmente, vuelve sus ojos la humanidad, para celebrarle y encontrar en él una ráfaga de dicha en medio del tenebroso torbellino que la ciega y aflige; y gloríese también el noble pueblo chileno: que, si chilenos y españoles somos hermanos como hijos de la misma madre y de la misma historia, bien pueden contar por suya propia la gloria del Genio Inmortal.

